

había donde escoger y con qué darse gusto en materia de denominaciones!

Una tarde, á eso de las cinco, oímos desde las habitaciones un «Ave María en esta casa» que á todos nos conmovió y nos puso en movimiento.

Mi nana Manuelita y mis tres hermanas, la que después fué coronela, la que casó con el capitalista y la que ahora vive á Dios alabando, salieron disparadas y atropellándose.

— El Padre, el Padrecito, Fray Martín, gritaban todas.

Y mientras una besaba la correa del buen franciscano, otra lo cogía por el sayal, la de más allá le quitaba el sombrero de teja, la siguiente le daba quejas por su ausencia, y la quinta le preguntaba por qué había variado los días en que se sentaba á confesar.

Cuando el cortejo entró en la pieza en que nos hallábamos mi padre y yo, ya salíamos á su encuentro. Se abrazaron los dos viejos, se sentó el sacerdote en el sillón de vaqueta, cerca de la mesa con cubierta verde manchada de tinta, que soportaba la salvadera, el mazo de plumas y el tintero de asta, y limpiándose el sudor con un gran *paliacate*, dijo al ver llegar dos enormes tazones de soco-nusco escoltados por competente ración de *alamarcitos*, *enredos*, *picones* y *peteneras*:

— A la buena de Dios; como estas pilluelas saben muy bien que soy inexorable en el tribunal de la confesión, y